

51-2

CARTA PASTORAL

DEL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

ARZOBISPO DE SANTIAGO

DE COMPOSTELA

sobre la importancia y utilidad de la devoción
al Sagrado Corazón de Jesús.



SANTIAGO:

Imp. y Enc. del Seminario Conciliar Central

1889

CARTA PASTORAL

DEL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

ARZOBISPO DE SANTIAGO

DE COMPOSTELA

SOBRE LA IMPORTANCIA Y UTILIDAD DE LA DEVOCIÓN

AL

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS



SANTIAGO:

Imp. y Enc. del Seminario Conciliar Central

1889

CARTA PASTORAL

NÓS EL DR. D. JOSÉ MARTÍN DE HERRERA Y DE LA IGLESIA,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓ-
LICA ARZOBISPO DE SANTIAGO DE COMPOSTELA, CAPE-
LLÁN MAYOR DE S. M., JUEZ ORDINARIO DE SU REAL
CAPILLA, CASA Y CORTE, NOTARIO MAYOR DEL REINO
DE LEÓN, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTIN-
GUIDA ORDEN DE CARLOS III, SENADOR DEL REINO, DEL
CONSEJO DE S. M., ETC., ETC.

Al Venerable Deán y Cabildo de nuestra Santa Apos-
tólica y Metropolitana Iglesia de Santiago de Compostela,
al Venerable Abad y Cabildo de la Colegial de la Coruña,
á nuestros Arciprestes, Párrocos y demás Clero, á los Re-
ligiosos y Religiosas, y á los fieles todos de nuestra Ar-
chidiócesis:

PAX VOBIS.—PAZ Á VOSOTROS.

GRANDE es en verdad la carga que pesa sobre mis débiles hombros desde el día en que acepté el ministerio Episcopal, y cuanto más lo ejercito, mejor comprendo la necesidad de trabajar en él sin descanso. A todos mis amados diocesanos soy deudor de los oficios propios de la caridad apostólica, y á todos he de atender con asiduidad, para que no se pierda por mi culpa ni una sola de las almas que están encomendadas á mi solicitud pastoral. Para lograr tan elevado objeto, nece-

sito levantar de continuo mis ojos al monte santo de la oración, de donde me ha de venir el auxilio de la divina gracia, teniendo siempre fija la mirada en el *Buen Pastor*, á fin de no apartarme un punto de la senda, que nos dejó trazada con sus ejemplos y palabras. Ni es posible que yo cumpla con los deberes de un buen Pastor, si no me sostiene el Supremo Pastor de las almas, Cristo Jesús; porque *si el Señor no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican. Si el Señor no guardare la ciudad, en vano vela quien la guarda* (1).

El principal elemento de fuerza y energía sobrenatural para llevar á cabo la obra de la santificación de las almas, es indudablemente el amor á Jesús; el cual, habiendo constituido á San Pedro cabeza de su Iglesia, le preguntó por tres veces si le amaba, y á cada respuesta afirmativa del Apóstol le correspondió con el encargo de que apacentase sus *corderos* y sus *ovejas*. Comentando San Agustín este pasaje interesante del Evangelio de San Juan, dice con gran oportunidad y acierto, que *es oficio del amor apacentar la grey del Señor*, y que el intento de los que apacientan las *ovejas* de Cristo ha de ser el mostrar su amor á Cristo, el agradecerle, obedecerle y servirle. *Por la excesiva caridad con que nos amó Dios* (2) *envió á su Hijo unigénito* (3), para que, revestido de nuestra propia naturaleza, encendiese en nuestros corazones el fuego de su santo amor, y comenzando nosotros á amar al que es fuente de toda justicia, aborreciésemos nuestras iniquidades. Con el enorme peso de éstas cargó nuestro buen Jesús, como víctima de propiciación por los pecados de todo el mundo, y *borró la escritura del decreto, que había contra nosotros, y la quitó de en medio, enclavándola en la Cruz* (4), y *nos lavó de nuestros pecados con su sangre* (5), y nos redimió de la servidumbre del demonio, y nos reconcilió con la Beatísima Trinidad, y nos ganó la vida eterna.

(1) Ps. 126.

(2) Eph. cap. II, 4.

(3) Joan. III, 16.

(4) Colos. II, 14.

(5) Apoc. I, 5.

Nada más justo, Venerables Hermanos y amados hijos, que pagar tan fino amor con eterna gratitud; nada más digno y noble, que corresponder con grande amor al que tanto nos ama; y nada tan sublime como el cooperar con Jesús á la restauración del universo, trabajando en propagar el vivísimo fuego de la caridad al mismo Jesús á todos los corazones, para que Cristo venza, Cristo reine, Cristo nos ampare y nos defienda, y sea honrado y glorificado en toda la tierra.

Á este amor, que todos debemos á Jesús, pertenece, no sólo pregonar y ensalzar su grandeza, sino también llenarse de un santo celo, condenando y execrando toda ofensa, venga de donde viniere, contra nuestro amantísimo Redentor. Y cuando estamos viendo en nuestros desgraciados días, que se *ha resfriado la caridad*, porque *abunda y sobreabunda la iniquidad*; que ha cundido por todas partes, y se ha extendido á todas las clases sociales el cancer de la indiferencia religiosa; y que del desvío de la práctica de nuestra Religión sacrosanta han pasado muchísimos al campo de la herejía, y de ésta á la incredulidad, y de aquí á la prevención sistemática, y aun al odio sectario, contra todo lo que se refiere á la santa Fe y á la Iglesia católica, ¿es posible que nosotros, que nos gloriamos de ser discípulos de Jesús y fieles hijos de su Iglesia, nos quedemos con los brazos cruzados ante un espectáculo tan desconsolador? ¿es posible que guardemos silencio, y no nos atrevamos á levantar nuestra voz contra los enemigos de Cristo? No, no podemos callar, sin faltar gravemente á nuestros deberes de católicos, y Nós en particular tenemos obligación estrechísima de clamar sin cesar, porque *la caridad de Cristo Nos estrecha (1)*, y Nos obliga á mirar por nuestro Clero y pueblo, anunciando los peligros que le rodean, la obligación de prevenirse contra ellos, y la necesidad de oponer un muro de defensa contra los que intentan escalar los de la Ciudad Santa, y aun, si pudieran, minar y destruir sus cimientos. Han roto el dique del temor de Dios, y ha llegado á tanto su atrevimiento que, dando por suprimido al Señor de cielos y

(1) 2.^a Corinth. c. V, v. 14.

tierra en el gobierno del mundo, pugnan por extinguir la soberanía social y el reinado perpetuo y universal de Aquél, que lleva escrito en su muslo: *Rey de Reyes y Señor de los que dominan* (1). Y no sólo esto, sino que, convirtiéndose en dóciles instrumentos de Satanás, han levantado bandera de rebelión contra la Iglesia católica, apostólica, romana, y bajo de esta bandera han logrado reunir huestes numerosas de sectarios, que se han conjurado para destruir la obra de Dios, y conspiran sin cesar contra el Vicario de Cristo.

No há mucho, que se ha visto en la capital del Orbe católico el satánico alarde de las sectas masónicas en favor de un apóstata, que fué en el siglo XVI la personificación horrible del fanatismo herético y licencioso contra la autoridad suprema de la Iglesia, contra su pura doctrina y santas instituciones; tan pertinaz hereje, como libre pensador; tan rebelde, como libertino. Y al levantar una estatua á Jordán Bruno en una de las plazas de Roma, no ha intentado la masonería perpetuar la memoria de un héroe de la ciencia, ni de la literatura, ni de las artes, ni de la virtud, sino declarar á la faz del mundo, y casi á la vista del Papa, la mancomunidad de ideas, de propósitos y de aspiraciones, que existe, entre aquel mónstruo de soberbia y de inmoralidad, que menospreció, hace tres siglos, el poder espiritual del Romano Pontífice, y los que en el presente le han despojado, por el bárbaro derecho de la fuerza, de su legítimo poder temporal. Parecíales poco á éstos tener al Papa sometido de hecho á su dominación. Creyeron preciso arrojar de una vez la máscara de la hipocresía, y demostrar el intento de acabar para siempre con la soberanía divina del mismo Jesucristo, entronizando al Jefe de los réprobos en la ciudad, en que tiene la Sede el mismo Vicario de Cristo.

Justamente alarmado el Sumo Pontífice de Roma con tamaño insulto á su Dignidad, á su Soberanía y á su Sagrada Persona, no ha podido menos de reprobar y condenar tanto cinismo y procacidad tanta; y en su Alocución de 24 de mayo, en la extraordinaria de 30 de junio,

(1) Apoc. XIX, 16.

y por medio de la Circular de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares fecha 18 de julio del corriente año, ha demostrado bien claramente la enormidad del impío y sacrilego atentado, su gravísima significación en contra de la fe y de la moral evangélica, las tendencias anticatólicas que revela, y los funestísimos resultados que hace presagiar, en daño de la libertad é independencia del Soberano Pontífice.

Los Obispos españoles, como los de todo el orbe, hemos protestado, unánimes y llenos de indignación, contra un crimen, que mancha las páginas de la historia contemporánea, porque ataca directamente la Religión del pueblo, en que se perpetra, y hiere á mansalva los derechos y prerrogativas del Supremo Jeraarca de la Iglesia católica. Jamás se ha visto que quien se llama protector de la libertad y autoridad espiritual del Romano Pontífice, y ofrece garantías á la libertad de conciencia de los católicos, amordace, por una parte, á los Ministros del Señor, y ampare, por la otra, á los enemigos declarados del Catolicismo. Esta conducta sólo puede sugerirla el *padre de la mentira* á sus adeptos, como sugirió á los Escribas y Fariseos perseguir á Nuestro Señor Jesucristo bajo pretexto de celo por la ley. El resultado es el mismo, repetir hoy el *Ave Rex*, que por burla pronunciaron los soldados en el Pretorio de Pilato, y gloriarse vanamente los secuaces de Jordán Bruno, apóstata, hereje y *liberal*, de haber inaugurado en Roma el culto de la diosa *razón*, esto es, *sin razón y sin pudor*, para destruir el Culto católico.

Con el objeto de aminorar, si fuera posible, la amargura del cáliz que al Vicario de Cristo, nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, propinan las sectas masónicas, envalentonadas con el favor que les dispensan altos poderes, los Prelados de esta provincia eclesiástica Compostelana creimos de nuestro deber dar en el mes próximo pasado una Carta Pastoral á todos nuestros diocesanos, para avivar su celo religioso, con ocasión del inaudito ultraje á nuestra Santa Madre Iglesia, y aplacar la ira de Dios con fervientes súplicas, y con obras de mortificación y penitencia.

Hoy tengo yo, Venerables Hermanos y amados hi-

jos, un motivo especial para dirigirme de nuevo á vosotros, y siento, por amor á nuestro buen Jesús, una imperiosa necesidad de desahogar con vosotros mi afligido corazón. Bien sabeis con cuánta frecuencia se vienen perpetrando en esta Archidiócesis los robos sacrílegos, contándose ya *quince* desde el mes de abril, en que tomé posesión de esta Sede Metropolitana, habiendo sido objeto de profanación el Santísimo Sacramento del Altar en la mayor parte de ellos, y quedando esparcidas las *Sagradas Formas*, ó desapareciendo en algún caso, sin que se sepa qué han hecho los ladrones con el *Cuerpo* adorable de nuestro Divino Redentor. Aunque estos crímenes llevan ya larga fecha, por desgracia, en nuestra España, y no sean bastantes á impedirlos el celo y actividad de las Autoridades, así del orden gubernativo, como del judicial, ¿podremos por ventura acostumbrarnos á oír insensibles el relato de tantos y tan horribles sacrilegios? Ah! no, de ningún modo. Esto sería una prueba evidente de que se había extinguido en nosotros la fe, y ésta, gracias á Dios, subsiste y vive en nuestro pueblo. Pero ¿nos contentaremos con una función de desagravio á nuestro Soberano Señor Sacramentado, viéndole tantas veces ofendido en su propia casa, en su humilde trono de amor y en su propia persona? Ignoramos los autores, los cómplices y los participantes de tan mezquinos hurtos, atendido el escaso valor de los objetos sustraídos, y no sabemos explicar satisfactoriamente los móviles y los intentos de los que, sin duda coaligados, ejercen tan impía é infame industria. Lo que sabemos ciertamente es, la obligación que tenemos todos los católicos, de condenar y reprobar, más con obras, que con palabras, estos delitos contra nuestra Religión Sacrosanta. Lo que no ofrece duda alguna es, que á los grandes y repetidos ultrajes, hechos á la Majestad Divina, debemos nosotros oponer actos públicos y frecuentes de reparación y desagravio.

Para lograr que nuestros amados diocesanos cumplan estos sagrados deberes, y se resuelvan á procurar la mayor honra y gloria de Jesús Sacramentado, y la reparación de tan graves y repetidas ofensas, cumple á nuestro oficio exponer brevemente en esta Carta Pas-

toral la importancia y utilidad de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Es un artículo de nuestra santa Fe, que *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros* (1); que el Hijo de Dios encarnó en el seno purísimo de la Inmaculada Virgen María, tomando íntegra nuestra naturaleza, sin perder nada de la suya, siendo al mismo tiempo Hijo de Dios é hijo del Hombre, con una sola Persona Divina, que es la segunda de la Santísima Trinidad, y con todos los atributos, excelencias y perfecciones propias del Ser Supremo. Nuestro Señor Jesucristo es el *Hijo unigénito de Dios, nacido del Padre ante todos los siglos, Dios de Dios, Luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, consubstancial con el Padre* (2), *resplandor de su gloria y figura de su substancia* (3), *una cosa con el Padre* (4). *Por Él fueron hechas todas las cosas, y sin Él nada fué hecho* (5). *En su virtud fueron criadas todas las cosas, que hay en los cielos y en la tierra: las visibles y las invisibles; ahora sean Tronos, ó Dominaciones, ó Principados, ó Potestades: todas fueron criadas por Él mismo, y en Él mismo. Y Él es ante todas las cosas, y todas subsisten por Él* (6). *Él es el principio y el fin, el que es, el que era y el que ha de venir, el Todopoderoso* (7). *El solo Santo, solo Señor y solo Altísimo con el Espíritu Santo, en la gloria de Dios Padre* (8).

A Jesús, por consiguiente, se debe todo honor, toda alabanza y toda gloria, desde que se obró el misterio de su Encarnación, como se debía al Verbo, antes de unir á su persona y naturaleza divina la naturaleza humana; porque haciéndose hombre, no dejó de ser Dios, ni perdió nada de su grandeza y perfección infinita. Cubrió, es verdad, su majestad suprema con el tupido ve-

(1) Joan. I.

(2) Símbolo.

(3) Hebr. I, 3.

(4) Joan. X, 30.

(5) Ib. I, 3.

(6) Colos. I, 16 y 17.

(7) Apoc. I, 8.

(8) *Gloria in excelsis.*

lo de la humanidad, pero esta humanidad, que subsiste con la subsistencia propia de su persona Divina, es digna de recibir nuestros más humildes homenajes, nuestras más rendidas adoraciones, nuestras continuas alabanzas, acciones de gracias y súplicas fervorosas. El Hijo de Dios hecho hombre debe ser reverenciado con el culto de adoración, correspondiente al Ser Supremo, porque *verdaderamente es un Dios escondido*, según la frase del Profeta Isaías (1), bajo la humildísima forma de hombre. No consistió la *humillación y anonadamiento*, á que se sometió Jesús por amor al hombre, en perder la forma, ó naturaleza divina, sino en tomar la *forma*, ó naturaleza, de *siervo*; no en perder la *igualdad* que tiene con Dios Padre, sino en *hacerse obediente hasta la muerte* (2). Por esto, cuando el Padre *introdujo á su Primogénito en el mundo*, dice: *Y adoréno todos los Ángeles de Dios* (3). *Y los magos postrándose le adoraron* en el portal de Belén, siendo niño recién nacido (4); y después de haber resucitado de entre los muertos, le *adoraron* también los Apóstoles en el monte de Galilea (5).

Desde el principio de la Iglesia la sacratísima humanidad de Nuestro Señor Jesucristo ha recibido siempre honores divinos, y ha sido objeto de *adoración* propiamente dicha por parte de los fieles. ¿Y cómo no había de serlo? La unión personal de la humanidad con la Divinidad del Hijo de Dios, requería que aquella fuese objeto del culto supremo de los cristianos. El alma y el cuerpo de Jesús son enteramente alma y cuerpo del Hijo de Dios, pertenecen al Hijo de Dios, subsisten en su divina Persona. El Cuerpo de Cristo, unido personalmente al Verbo Divino; ese cuerpo resucitado, glorioso, inmortal, impasible é inalterable, nos ofrece un objeto muy digno de culto supremo, de eterna gratitud y de encendido amor de caridad. Por el Misterio de la Encarnación del Verbo, *ha brillado ante los ojos de mes-*

-
- (1) Isaías, XLV, 15.
 - (2) Philip. II, 6, 7 y 8.
 - (3) Hebr. I, 6.
 - (4) Math. II, 11.
 - (5) Math. XXVIII, 16 y 17.

tra mente una nueva luz de divina claridad (1) para conocerle; y por el de la Redención nos ha ofrecido motivos poderosísimos para amarle; mas, en uno y en otro estamos obligados á *adorarle*, como á nuestro Dios y Señor. En esto se funda el culto de *adoración*, que le tributamos en el Santísimo Sacramento del Altar.

De aquí se deduce, que el Sagrado Corazón de Jesús, el mismo Corazón de carne, que forma parte de su humanidad, es digno de ser *adorado* con el mismo culto supremo, que tributamos á Jesús, Dios y hombre verdadero. Y tenemos especial motivo para fijarnos en el Corazón, por ser el órgano y centro á que concurren todos los purísimos y nobilísimos afectos de Jesús; por ser como el asiento y receptáculo de sus perfectísimas virtudes, y el foco principal del fuego ardentísimo de su caridad. *Fuego*, nos dice, *he venido á poner en la tierra: ¿y qué quiero, sino que arda? Ignem veni mittere in terram: et quid volo, nisi ut accendatur?* (2). Fuego de amor, que abrasa el Sagrado Corazón de Jesús; fuego, que le ha convertido en *holocausto* de suavísimo olor al Eterno Padre en el Ara de la Cruz; en víctima de *acción de gracias*, de *propiciación* y de *expiación* por todos los hombres. Por las cuatro llagas de sus manos y de sus piés derramó este inocentísimo *Cordero de Dios* su preciosísima Sangre para redimirnos; y por la abertura del costado y llaga de su corazón, de la cual *salió sangre y agua*, nos demostró la herida espiritual de caridad que había traspasado su amantísimo Corazón.

Todavía más. La caridad, que nos tiene, le llevó á perpetuar el sacrificio de su Cuerpo y Sangre, á fuerza de estupendos y continuos milagros de su omnipotencia, en virtud de aquellas palabras: *Haced esto en memoria de mí* (3); y donde quiera que un Sacerdote celebra la Santa Misa, allí se ofrece Jesús de un modo incruento, por el ministerio del mismo Sacerdote; pudiéndose hoy asegurar, que á todas horas se está renovando este Sacrificio en todo el orbe católico.

(1) Praefat. Missae in Nativitate Domini.

(2) Luc. c. 12, v. 49.

(3) 1.^a Corinth. c. XI, v. 24.

Al Sacrificio se sigue la Sagrada Comunión, mediante la cual el Corazón Sacratísimo de Jesús viene á unirse con el de cada uno de nosotros, viene á ser Corazón de nuestro corazón, vida de nuestra vida, fuente de nuestro gozo, causa de nuestra alegría, asilo de nuestra alma, dulce prenda de nuestra esperanza, y digno objeto de nuestro sumo amor. Viendo Jesús que el hombre no le puede recibir á todas horas, Él se ha quedado día y noche en el Sagrario, porque *tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres* (1) y allí nos espera, cautivo de su amor, para recibir nuestras visitas, darnos sus audiencias, escuchar nuestras plegarias, consolarnos en nuestras penas, y socorrernos en nuestras necesidades.

Finalmente, cuando llega una grave enfermedad, ó el peligro de la muerte, Él mismo viene á visitarnos, y á servirnos de alimento y viático para el tránsito del tiempo á la eternidad. ¿Qué más ha podido hacer por nosotros, que no haya hecho? ¿Qué más ha podido darnos? ¿Qué mayor prueba de amor ha podido ofrecernos? Verdaderamente ha extremado con nosotros su ardentísima caridad.

Pero, aún ha hecho más. El fuego de amor al hombre, que arde en su Sagrado Corazón, le ha reducido al extremo de sufrir en silencio, con paciencia y mansedumbre, los ultrajes, las irreverencias, los sacrilegios y profanaciones, que se cometen contra el mismo Sacramento de su amor. En su adorable Cuerpo, oculto bajo la especie de pan en la Hostia consagrada, podemos decir que se renuevan hoy las dolorosas escenas del Pretorio y del Calvario: *otra vez le crucifican en sí mismos, y lo exponen al escarnio* (2) los que profanan el Santísimo Sacramento del Altar; otra vez le abofetean, le escupen, le azotan y le maltratan los sacrílegos. *He aquí este Corazón*, dijo Jesús, mostrándolo á la B. Margarita María Alacoque, *que ha amado tanto á los hombres, que nada ha omitido, hasta agotarse y consumirse, en testimonio de su amor. En reconocimiento no recibo de la mayor parte de ellos más que ingraticudes, por los desprecios, irreverencias, sacrilegios y queda-*

(1) Prov. c. 8, v. 31.

(2) Hebr. c. 6, v. 6.

des en este Sacramento de amor. Entonces fué cuando reveló á su sierva el amoroso designio de que se promoviese con particular empeño *la devoción á su Sagrado Corazón*, á fin de reparar los ultrajes que se le hacen en el Santísimo Sacramento del Altar.

En otra ocasión vió la Beata Margarita el Corazón de Jesús en un trono de fuego y llamas, despidiendo en todas direcciones rayos brillantes de luz, y teniendo muy visible la cicatriz de la herida que recibió con la lanza. Estaba rodeado de una corona de espinas, y encima de ella se veía una cruz; con cuyos instrumentos de la Pasión del Señor se indicaba bien claramente, que en el Sagrado Corazón de Jesús había tenido lugar aquella lucha de su caridad al hombre con el temor natural de los atroces tormentos, que tan próximos veía, cuando oraba, triste, angustiado y con agonía en el huerto de Gethsemani; que en su Sagrado Corazón sintió Jesús toda la amargara del *Cáliz*, que *le dió á beber el Eterno Padre*; que de allí brotó la magnanimidad y paciencia con que sufrió los dolores é ignominias de los azotes, de la corona de espinas, de la crucifixión y de la muerte en el Calvario; y que todo esto lo sufrió por nuestro amor, según Él lo había anunciado.

De su Sagrado Corazón salieron, como flechas encendidas de amor, aquellas palabras que dijo á sus discípulos: *Con bautismo es menester que yo sea bautizado: y cómo me angustio hasta que se cumpla!* (1). Y ¿qué otra cosa sino amor al hombre respiraba nuestro Divino Redentor, cuando, reunidos los Apóstoles en el Cenáculo la víspera de su gran Sacrificio, les dijo: *Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua, antes que padezca?* (2). Vehementísimo era el deseo que tenía de sufrir por nosotros, de ofrecerse por nosotros, de satisfacer á la Divina Justicia las deudas de nuestros pecados, y de lavarnos y purificarnos con la preciosísima Sangre, que iba á derramar por las innumerables llagas, que en su adorable Cuerpo le habían de hacer crueles verdugos, como instrumentos de la saña implacable de sus mortales enemigos.

(1) Lucae c. 12, v. 50.

(2) Lucae c. 22, v. 15.

Todo esto fué una consecuencia natural de la voluntad, que tiene, de salvar á los hombres. Y ved aquí, VV. HH. y aa. hh., la verdad más consoladora de nuestra Religión, el áncora firme de nuestra esperanza y lo que debe inflamar nuestros corazones con el fuego del divino amor. Sabemos que Dios quiere la salvación de todos los hombres, y que Nuestro Señor Jesucristo ha derramado su sangre y ha muerto voluntariamente en la cruz por salvarnos. Jesús ha venido al mundo en carne mortal á cumplir la voluntad de su eterno Padre; ha venido á ofrecerle el holocausto de su Cuerpo, único aceptable y suficiente, para aplacar la ira divina. *Dios puso en Él las iniquidades de todos nosotros. Él se ofreció, porque Él mismo lo quiso. Como oveja fué llevado al matadero, y como cordero delante del que lo trasquila, enmudeció, y no abrió su boca (1).* Y después de haber consumado el gran Sacrificio con la muerte de Cruz, como precio y rescate de nuestra libertad de hijos adoptivos de Dios, aún quiso que una lanza abriese su costado é hiriese su amante Corazón, para darnos la prueba de que *su amor es fuerte como la muerte (2)*, y que aun con ésta no queda satisfecho. Nadie puede llamarse nuestro *Buen Pastor*, nuestro *gran Pontífice*, nuestra *resurrección* y nuestra *vida*, sino Jesús, que ha dado la suya por nosotros; que se ofrece diariamente por nosotros; que nos alimenta con su propio Cuerpo y su propia Sangre; que nos aplica continuamente los méritos y las satisfacciones de su Pasión y Muerte; que *vive siempre para interponer su mediación por nosotros (3)*.

Cuando el Señor anunció á los Judíos por boca del Profeta Isaías, la abundancia y dulzura de los bienes, que había de traer al mundo el Mesías, prometido á los Patriarcas, y esperado por los justos de la Ley Mosáica, les dijo que *derivaría* y derramaría sobre la Jerusalén creyente, esto es, sobre la Iglesia de Cristo, *como un río de paz, y como arroyo, que inundase la gloria de las gentes*; de cuya paz, consuelo y abundante copia de bienes

(1) Isaf. LIII, 6. et 7.

(2) Cant. c. 8, v. 6.

(3) Haebr. c. 7, v. 25.

celestiales se aprovecharían los fieles de Cristo, como niños amamantados tiernamente por su madre; que los *llevaría á los pechos y los acariciaría sobre las rodillas. Como la madre, dijo el Señor, acaricia á su hijo, así yo os consolaré, y en Jerusalén sereis consolados* (1). ¿Y quién puede decir con toda propiedad estas palabras, sino nuestro buen Jesús? ¿No es Él quien nos hace participantes del Sacramento de su Cuerpo y Sangre? ¿No es Él quien entra real y verdaderamente en nosotros para hacer con cada uno los oficios de una tierna y cariñosa madre? ¿No nos lleva Él á sus pechos, y nos estrecha contra su amantísimo Corazón, y nos *besa con el beso de su boca*, y nos acaricia con sus consuelos interiores, y nos hace gustar *cuán suave y dulce es el Señor? Nadie, dice Santo Tomás de Aquino, puede expresar la suavidad del Smo. Sacramento, por medio del cual se gusta en su fuente la dulzura espiritual, y se celebra la memoria de aquella excelentísima caridad, que Cristo nos mostró en su Pasión* (2).

Empero, ¿de quién es obra este admirable Sacramento, y la comunión del Cuerpo y Sangre de Cristo, sino de su Sagrado Corazón? ¿En dónde encontraremos la razón suficiente de tantas y tan estupendas maravillas, como ofrece á nuestra consideración Jesús Sacramentado, sino en el fuego encendidísimo de caridad, que arde en su Sagrado Corazón? *Como me envió, dice, el Padre, que vive, y yo vivo por el Padre, así también el que me come, él mismo vivirá por mí* (3). La vida del cristiano, que se une á Jesús por el Sacramento de su amor, es vida derivada del mismo Jesús; y como el primer motor y el centro de la vida es el corazón, síguese de aquí, que el corazón del que comulga dignamente, palpita y se mueve al impulso del Sagrado Corazón de Jesús, pudiendo decirse que Jesús y el que le recibe tienen *un solo corazón y una sola alma* (4), y repitiendo éste con S. Pablo: *Y vivo, ya no yo; más vive Cristo en*

(1) Isaí. c. 66, vv. 12 et 13.

(2) Officium Corporis Christi.

(3) Joan. c. 6, v. 58.

(4) Act. c. 4, v. 32.

mi. Vivo autem, jam non ego: vivit vero in me Christus (1).

De esta unión íntima del cristiano con el Sagrado Corazón de Jesús proviene la unidad de pensamientos y deseos, de aspiraciones y afectos, el progreso acelerado del alma devota en la vía de la perfección evangélica, y los adelantos sorprendentes en la práctica de las virtudes teologales y morales. Las almas devotas del Sagrado Corazón de Jesús experimentan los efectos maravillosos de esa comunidad de fines, de intereses y de bienes, que les otorga benignamente el Salvador del mundo. El Corazón de Jesús que les dispensa su amistad, que las transforma en sí, que las hace vivir sólo para Dios y morir á las criaturas; que las eleva sobre todo lo visible para hacerlas gustar anticipadamente las dulzuras de una dichosa inmortalidad, las mueve á alabar y glorificar á Dios, amarle y servirle en todas las cosas, aborrecer los pecados propios y ajenos, gozarse de los triunfos de Jesús en los corazones de los hombres, y sentir vivamente los sacrilegios que se cometen contra la misma persona de Cristo en el Santísimo Sacramento del Altar. De la fiel correspondencia á las inspiraciones y mociones del Sagrado Corazón de Jesús nace en sus devotos el deseo vivísimo de que el *nombre de Dios sea santificado* por todos los hombres, y el nombre de Jesús sea conocido y honrado en todo el mundo. Nace también el ardiente deseo de que la fe de Cristo se propague por todas partes, de que los muchos centenares de millones de infieles que hay sobre la tierra, abran sus ojos á la luz de la revelación, y entren á formar parte del rebaño de Cristo.

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús es tan antigua como el Cristianismo. Desde el momento en que la Santísima Virgen María, San Juan Evangelista y las piadosas mujeres que siguieron á Jesús hasta el Calvario, presenciaron su crucifixión y muerte, y vieron brotar del Sacratísimo costado abierto con la lanza, *sangre y agua del Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo (2)*, nunca han faltado en la Iglesia fieles

(1) Galat. c. 2, v. 20.

(2) Joan. I. 29.

adoradores y fervorosos amantes del Sagrado Corazón de Jesús.

Pero, en esta época de egoísmo y de codicia, en que hay tantos corazones helados con el frío glacial de la indiferencia religiosa; en estos tiempos de incredulidad y de naturalismo, en que tantos cristianos han desertado de las banderas de Jesús, para afiliarse á las de un mundo impío, y enemigo de la Iglesia; en estos días en que se multiplican los ataques de las sectas masónicas contra la Religión y sus Ministros, contra los derechos imprescriptibles é inalienables de la Santa Sede; y en que se ha creado una situación intolerable al Vicario de Cristo, es verdaderamente providencial el incremento que ha tomado en todo el orbe católico *la devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, que es el Arca de la Alianza del nuevo Testamento, el alcázar inexpugnable para los secuaces de Satanás, y la tabla de salvación para todos los cristianos.

Diferentes son las formas que tiene esta importante y utilísima devoción; pero, llámese *Piadosa unión*, *Guardia de honor*, ó *Apostolado de la Oración*, con sus diversas prácticas contribuye admirablemente á mantener viva la fe de Cristo, á aunar las fuerzas de los católicos contra los enemigos de la Iglesia, y á oponer un *muro de bronce* á las maquinaciones de las potestades del infierno. Queremos, sin embargo, llamar muy particularmente vuestra atención, VV. HH. y aa. hh., sobre el *Apostolado de la Oración*, cuya acción uniforme, constante y vigorosa tanto auxilia la grande *Obra de la Propagación de la fe*. La cual no solamente comprende la educación y preparación de los varones Apostólicos, que la Santa Sede envía á todos los países del mundo; no se limita tampoco á la colecta periódica de recursos materiales para sostener los trabajos é instituciones de los misioneros; sino que tiene su vitalidad en el Sagrado Corazón de Jesús, de donde brotan los raudales de sus celestes bendiciones, para hacer fructífero el Apostolado Católico. Y el *Apostolado de la Oración* es una *Alianza* de devotos del Sagrado Corazón de Jesús, que piden incesantemente al Redentor del mundo la salvación de tantas almas, que le son carísimas.

Para pertenecer á este *Apostolado*, basta una fe viva y una caridad fervorosa, que se interese de veras por la honra y gloria de Jesús; que se conforme enteramente con la voluntad, que tiene Jesús de salvar á todos los hombres; y que una sus intenciones, en cuanto el cristiano hace y padece, á las intenciones del mismo Jesús. El *Apostolado de la Oración* brota espontáneamente de la devoción al S. Corazón de Jesús, es esta misma devoción, puesta en acción continua, ordenada y concertada, para llenar los amorosos y utilísimos designios del Salvador. Y en efecto; no se puede tener esta devoción, sin sentir un vehemente deseo de imitar á Jesús, de complacerle y obedecerle; ni se concibe amistad de caridad con Jesús, si nuestro corazón no quiere, ni procura, ni desea lo que quiere el Sagrado Corazón de Jesús. ¿Y qué quiere este divino Corazón, sino que el fuego del amor de Dios, que presupone la luz de la fe, se encienda en toda la tierra? ¿Y qué se requiere para esto, sino el ejercicio de aquella gran caridad, que llevó á los Apóstoles por los diversos países del mundo entonces conocido, y lleva hoy á numerosísimos Misioneros hasta los últimos confines de la tierra, y á las islas últimamente descubiertas en el mar?

¡Oh! Si pensáramos todos los devotos del Sagrado Corazón de Jesús en esa grande *Obra de la Propagación de la Fe*; en esa obra, que hoy se halla más extendida que nunca por Europa, Asia, África, América y Oceanía; que cuenta tantas Misiones; que sostiene tantos Vicariatos, y Prefecturas y Delegaciones Apostólicas; que atiende á toda clase de infieles, de todos los países, razas, idiomas y costumbres; que utiliza todos los medios de locomoción, todas las vías de comunicación terrestres y marítimas; que funda Iglesias, Escuelas, Asilos, Hospitales y Colegios para todas las clases de la sociedad; que á nadie excluye de sus caritativos afanes; que á todos busca y llama al reino de los cielos; que se hace toda para todos *para salvarlos á todos (1)*; que no se arredra por dificultades, peligros y persecuciones; que prosigue fervorosa ejerciendo su acción benéfica en to-

(1) 1.^a Cor. c. 9, v. 22.

das partes; pero que necesita gran contingente de personal y recursos para atender á sus crecientes necesidades: si todo esto considerásemos atentamente los que hemos tenido la dicha de nacer en el seno del Catolicismo, los que hemos sido amamantados con la pura y sólida doctrina de la Santa Madre Iglesia, y hemos recibido una educación cristiana, seguramente que nos lanzaríamos con denuedo por la senda del celo del Apostolado, y acudiríamos al Sagrado Corazón de Jesús para pedirle la conversión de los infieles, herejes, cismáticos y pecadores de todo el mundo. En nada habíamos de poner mayor empeño, que en cooperar de todos modos al aumento y prosperidad de esta gloriosa empresa, tan del agrado del Salvador de los hombres. ¡Ojalá que se multiplicasen cada día los Misioneros! Almas generosas, que ansiáis mostrar vuestro amor á Jesús, ahí teneis abierto un campo de acción, de trabajo y sufrimiento para complacerle, si Él os llama para ser inscritos en el catálogo de los Misioneros católicos.

Y si no os sentís con esa vocación, pero contais con alguna limosna, ¿en qué obra mejor podeis emplearla, que en sustentar á los que se dedican á sacar almas del abismo de la infidelidad, para conducir las al aprisco del *Buen Pastor*? ¿En qué podeis complacer más al Sagrado Corazón de Jesús, que en hacer colectas para la grande Obra de la Propagación de la Fe? Pero, si ni aun esto pudiérais hacer, sabed que la cooperación más eficaz para la conversión de los infieles no es otra, que la del *Apostolado de la Oración*.

Este Apostolado no es menos eficaz, que el que se exterioriza por la predicación de la palabra divina, y esta eficacia se funda en que la unión íntima de nuestro corazón con el de Jesús es condición indispensable para trabajar con feliz éxito en la salvación de las almas, puesto que ya dijo Jesucristo á los Apóstoles, que sin Él *nada podían hacer* (1). Todos los fieles que desean de veras cooperar á la mayor gloria de Dios, á la extensión del reino de Cristo y al triunfo de su Santa Iglesia, procuran imitar la conducta de la Santísima Virgen, cuyo purísimo

(1) Joan c. 15, v. 5.

Corazón tan íntimamente enlazado está con el Sagrado Corazón de Jesús. A ella la contemplamos en el Cenáculo entregada á la oración con los Apóstoles; los cuales, cumpliendo la voluntad de Jesús, después de haberle adorado, llenos de gozo, en el momento de su gloriosa Ascensión á los Cielos, se volvieron á Jerusalén desde el monte Olivete, y perseveraron *unánimes en oración con las piadosas mujeres, y con María, Madre de Jesús, y con los hermanos de Él (1)*, esto es, con los parientes del Señor.

Llegó el momento de ser revestidos los Apóstoles de la *virtud de lo alto*, descendió sobre ellos el Espíritu Santo, y salieron del Cenáculo, inflamados del fuego divino de la caridad, á cumplir el mandato de Jesús, predicando en diversas lenguas la palabra de Dios, y obrando muchos milagros; con lo cual se convirtieron á la fe de Cristo millares de personas, y entraron á formar parte de su Iglesia. Pero la Santísima Virgen María auxilió eficazmente á los Apóstoles con sus oraciones, merced á las cuales Dios hacía fecunda la semilla del Santo Evangelio, ya que *ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento (2)*, y en vano llega al oído por de fuera la voz del predicador, si el Señor no abre el corazón de los oyentes, y les comunica el don de la fe.

Los Apóstoles pusieron la oración antes que la predicación, y así lo declararon al proponer la elección de los siete Diáconos. *Y nosotros*, dijeron á la multitud de los discípulos, *atenderemos de continuo á la oración, y al ministerio de la palabra (3)*. El Príncipe de los Apóstoles, San Pedro, experimentó en sí mismo los efectos del Apostolado de la Oración, cuando por la que sin cesar hacía á Dios por él la Iglesia, obtuvo de un modo milagroso, por el ministerio de un Angel, la libertad de que le había privado Herodes, y así pudo proseguir la obra comenzada. Y San Pablo pedía á los fieles sus oraciones, para que con ellas le auxiliasen eficazmen-

(1) Act. c. 1, v. 14.

(2) 1.^a Cor. c. 3, v. 7.

(3) Act. VI, 4.

te en sus tareas apostólicas. Jamás ha conferido la Iglesia la misión del Apostolado, sino mediante la oración, y desde los primeros siglos tiene establecida la oración común de los fieles para obtener dignos Ministros del Señor. Al Sagrado Corazón de Jesús han acudido siempre las almas llenas de celo por la gloria de Dios y la santificación de su nombre, para trabajar unidas en ese Apostolado, que obtiene tantos triunfos de la infidelidad, de la herejía y del vicio.

Esa santa alianza de corazones amantes del Sagrado Corazón de Jesús hace á éste una dulce violencia, y le inclina á derramar sus bendiciones sobre todos sus devotos, otorgándoles benigno y generoso cuanto piden en completa conformidad con las intenciones y deseos del mismo Divino Corazón. *Si dos de vosotros, nos dice Jesucristo, se conviniere sobre la tierra, mi Padre que está en los cielos les otorgará todo cuanto pidieren. Porque donde están dos ó tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos (1)*. Pues, si se reúnen centenares y millares de personas devotas del Sagrado Corazón de Jesús, para practicar, de común acuerdo, el *Apostolado de la Oración*, ¡ah! entonces se formará un verdadero ejército de combatientes á favor del mismo Jesús y de su Santa Iglesia, y con sus fervientes súplicas ante el Trono del Eterno, no sólo se logrará el aumento y difusión de la santa Fe católica, sino que obtendremos la victoria y el triunfo de la Iglesia y del Sumo Pontífice, en esta lucha sostenida por Satanás y sus secuaces, por las *potestades del infierno* y sus afiliados, contra los amorosos designios del Sagrado Corazón de Jesús. Conseguiremos también detener el brazo del Omnipotente, justamente irritado contra los ladrones sacrílegos, contra los profanadores del Santísimo Sacramento del Altar, y desagaviaremos á Jesús, tan indignamente tratado por los ingratos hijos de los hombres. La oración, la mortificación y comunión reparadora servirán para aplacar la ira divina, obtener la conversión de los pecadores, y reunirnos á todos en el asilo del Sagrado Corazón de Jesús.

(1) Math. XVIII, 19 y 20.

Yo no dudo un punto de vuestra docilidad, VV. HH. y aa. hh., para tomar parte en una obra de tanta necesidad en las azarosas circunstancias, que nos rodean; porque sabeis muy bien que la unión multiplica las fuerzas, y la oración común tiene una eficacia segura y decisiva. Sabeis también que la persecución contra la Iglesia, y muy especialmente contra su Cabeza visible, el Romano Pontífice, es cada día más opresora; que la revolución cosmopolita, cubierta con el manto de la legalidad, y disfrazada con la piel de mansa oveja, siendo traidora hiena y loba rapaz, va haciendo cada día más pesado su yugo sobre la Iglesia, negándole el derecho natural de justa defensa, y privándola de su divina libertad, inmunidad é independencia. Mientras que casi diviniza al Estado, atribuyéndole derechos y facultades exorbitantes, reduce á la Iglesia de Jesucristo á la mísera condición de pobre esclava; y después de haberla despojado de lo que era suyo, pretende reducirla á la impotencia y anular ó extinguir su acción social.

En vano sería esperar hoy restituciones y compensaciones, ó fiarse en leyes de garantías. El *liberalismo*, que informa la legislación de los Estados modernos, es precisamente un sistema excogitado, no para dar á la Iglesia su verdadera libertad, sino para quitársela; no para favorecer su acción bienhechora, sino para impedírsela; no para dejar que ejerza libremente su divino magisterio, sino para proclamar al Estado como institución docente, como maestro necesario, con su enseñanza obligatoria; sus maestros sin fe, sus trabas sin cuento á los padres de familia, y mucho más á los Colegios católicos, cuyos alumnos tienen que sufrir muchos disgustos y pruebas, si no se someten á la despótica autoridad magistral y heréticas doctrinas de ciertos Catedráticos. A lo cual hay que agregar la supresión de la enseñanza religiosa.

Hemos de poner, por consiguiente, toda nuestra esperanza en el Sagrado Corazón de Jesús, acudiendo á Él para tomar fuerzas y aliento bastantes á sostener la causa de Dios. La benéfica influencia del Sagrado Corazón de Jesús se dejará sentir bien pronto sobre todos sus devotos, ya sean Clérigos, ya legos. Los Sacerdotes obtendrán el don de mover los corazones más endure-

cidos, y ellos mismos se afirmarán tanto en el amor de Dios, que nunca darán entrada en su corazón á ningún afecto mundano, ó terrenal. Lograrán, con su buen ejemplo, que Jesús Sacramentado sea reverenciado en el Altar, visitado por los fieles y recibido frecuentemente con gran devoción. Si los Párrocos y demás encargados de la cura de almas logran que se establezca y prospere en las Parroquias la práctica de esta devoción, verán una reforma grande en las costumbres. Los seglares experimentarán el cumplimiento de las magníficas promesas, que Jesús hizo á la Beata Margarita María Alacoque en favor de los devotos de su Sagrado Corazón, es á saber: obtendrán las gracias necesarias para cumplir fielmente los deberes de su estado, gozarán de paz en sus familias, y de consuelo en todas sus penas; los pecadores hallarán en el Sagrado Corazón el manantial de la divina misericordia; los tibios se volverán fervorosos, y estos subirán rápidamente á una gran perfección. Jesús será refugio seguro para sus devotos durante la vida, y sobre todo en la hora de la muerte.*

En vista de la gran *importancia y utilidad de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, resolví, á muy poco de haberme encargado del gobierno de esta Archidiócesis, consagrarla al mismo Sagrado Corazón, no sólo para honrar de un modo especial á Nuestro Divino Redentor, sino para desagraviarle con perpetuos obsequios por las frecuentes ofensas de los robos sacrílegos, y librar á todos mis amados diocesanos de la propaganda de la herejía. Á este fin hice presentar humilde súplica á Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII pidiéndole algunas gracias é indulgencias con ocasión tan propicia. Accediendo benignamente á mis preces, concedió á todos los fieles de Cristo de la Archidiócesis Compostelana INDULGENCIA PLENARIA, que ganarán una sóla vez el día, en que tenga lugar, en cada una de las iglesias de la referida Archidiócesis, el acto de consagración, con tal que en dicho día asistieren devotamente al predicho acto, verdaderamente penitentes, confesados y confortados con la Sagrada Comunión, y al mismo tiempo oraren piadosamente según la intención de Su Santidad, por algún tiempo.

Grande fué la alegría que inundó mi corazón al leer el Rescripto Pontificio, en virtud del cual se otorga al Clero y fieles de este Arzobispado una gracia tan singular para el día memorable de la consagración al Sagrado Corazón de Jesús, y por lo mismo que el Vicario de Jesucristo se ha mostrado tan generoso para excitar más y más el fervor de los fieles hacia el Salvador del mundo, he creído de mi deber anunciaros, VV. HH. y aa. hh., este mi pensamiento, para que, convencidos de la *importancia y utilidad de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, os prepareis de antemano á esta gran solemnidad, concurriendo al establecimiento de muchos centros del *Apostolado de la Oración* en las Parroquias, y á las prácticas propias de esta utilísima devoción.

Reservándonos hoy señalar el día de la mencionada consagración, del que se dará aviso oportuno, otorgamos á todos vosotros, VV. HH. y aa. hh., con afecto de verdadera caridad, nuestra bendición: En el nombre del ✠ Padre y del ✠ Hijo y del Espíritu ✠ Santo. Amén.

Dada en nuestro Palacio Arzobispal de Santiago de Compostela, firmada por Nos, sellada con el de Nuestra Dignidad, y refrendada por nuestro infrascrito Secretario de Cámara y Gobierno, á diez y ocho de Octubre de mil ochocientos ochenta y nueve.

JOSÉ, Arzobispo de Santiago de Compostela.



Por mandado de S. E. I. el
Arzobispo, mi Señor,
LIC. EUGENIO DEL BLANCO ALVAREZ,
Canónigo, Secretario.

